
ARTESANIA Y TURISMO

CLAUDIO MALO GONZÁLEZ

Síntesis

El ser humano ha sido el más móvil de los integrantes del reino animal. La satisfacción de necesidades ha sido un motivo para esta movilidad, pero además ha influido su espíritu de aventura y su afán de tener experiencias diferentes. El trabajo para subsistir lo comparte con el ocio entendido como acciones cuya meta es conseguir placer proyectando su creatividad a áreas como el arte. Al organizar su vida en función de la cultura las diferencias se acentúan y se acrecienta su interés por lo diferente. En los últimos tiempos se ha desarrollado el turismo como una manera de disfrutar visitando a lugares distintos. En un mundo globalizado las diferencias se manifiestan con más fuerza en la cultura popular en la que radica la identidad de los pueblos, especialmente atractivas para el turismo. Las artesanías forman parte de esta cultura y sus objetos hechos con un total control del ser humano, llaman la atención frente a los elaborados por la industria. Sus contenidos estéticos son atractivos al igual que las maneras tradicionales de comercializarlos. Su contenido cultural responde al deseo de los turistas de llevar algún objeto que testimonie su presencia en lugares diferentes y le recuerde con añoranza sus experiencias.

La movilidad humana

Hasta lo que sabemos, los primeros homínidos aparecieron en el Africa luego de millones de años de evolución. Hoy el ser humano habita casi en todos los espacios de los continentes de la tierra, desde las gélidas regiones polares hasta las casi asfixiantes selvas tropicales húmedas. Algunas especies animales amigas como los perros y los gatos se han difundido con igual capacidad de adaptación, pero lo normal es que los diferentes integrantes del reino animal, concentren su supervivencia a determinados ecosistemas para cuyas peculiaridades han desarrollado condiciones biológicas apropiadas que les haría muy difícil, si es que no imposible, desarrollar sus vidas en zonas climáticas diferentes. Ni en libros de ciencia ficción se ha escrito sobre osos polares que vivan y procreen en la región amazónica ni de serpientes boas que repten en Alaska.

Desmond Morris en su libro “El Mono Desnudo” se refiere a nuestra piel desprotegida para las múltiples amenazas de los variados entornos físicos, sin el grosor de la mayoría de los mamíferos y la pelambre que alguna dosis de calor proporciona. Carecemos de las escamas de los anfibios y de las plumas de las aves, pero nuestra capacidad de transpirar nos permite mayor movilidad. De las diversas características de nuestra especie que explica el distanciamiento de los demás integrantes del reino animal, la capacidad de elaborar objetos e innovarlos progresivamente para hacer frente con éxito los retos que plantean los entornos físicos y humanos, es una de las más aceptadas. Homo habilis u homo faber son términos que exitosamente contrabalancean al tradicional homo sapiens, sin discutir en este artículo si para elaborar artefactos de diversa índole es necesario razonar previamente, siendo las tecnologías y la transformación de materias primas en productos elaborados una consecuencia del pensamiento.

Al no estar su existencia circunscrita a la dinámica del instinto –que como en el caso de las abejas y termitas llega a organizaciones de conducta

sorprendentes-, puede con su creatividad resolver nuevos problemas de manera adecuada y encontrar cada vez mejores soluciones para problemas viejos Ortega y Gasset sostiene que en el comportamiento animal prima la alteración en sentido etimológico, es decir que lo otro toma la iniciativa en la acción como estímulo. En el ser humano el ensimismamiento en cuanto, al poder analizar en su interior los problemas, . Esta capacidad multiplica las posibilidades para aprovechar las ofertas y limitaciones de los entornos y para adecuarlos a las formas, no sólo de subsistencia, sino de comodidad que busca. Basta pensar en las enormes posibilidades que proporcionó a quienes nos antecedieron en el planeta el anónimo invento de producir fuego a voluntad, que ningún otro animal de la tierra ha logrado desarrollar. Los enfriamientos de la diversas regiones de la tierra en las glaciaciones no fueron un obstáculo para expulsar al ser humano de los diversos habitats pues, al retar su creatividad, le llevaron a elaborar una serie de elementos para combatir el frío como diversos tipos de vestimenta, habitaciones adecuadas y recurrir a fogatas como primeros antecedentes de las modernas formas de calefacción.

En estas condiciones las limitaciones biológicas de nuestra especie no fueron condicionantes para circunscribir la existencia a tales o cuales tipos ecológicos. De los nuevos retos de los entornos físicos –por usar la terminología de Arnold Toynbee- nacieron nuevas respuestas que nunca se han detenido para beneficio nuestro y también para daño pues la creatividad ha sido degradada al proyectarla a la fabricación de artefactos destructivos de horripilante eficiencia y al uso prepotente de tecnologías en mengua creciente de las condiciones que hicieron posible que en nuestro planeta surja y se desarrolle la vida. No es el propósito de este ensayo comparar la movilidad de nuestra especie con la de aves migratorias que sistemáticamente recorren millares de kilómetros ni con especies marinas que se movilizan entre las gélidas regiones polares y las agradables aguas ecuatoriales. Vale la pena pensar en algunas de las causas para la movilidad inter ecológica que nos ha caracterizado a los seres humanos.

Decía Platón que la capacidad de admirarse ante la diversidad, propia de la especie humana, es el origen de la sabiduría. Dotados como estamos

de siquismo superior, cada vez descubrimos componentes de los diversos entornos y captamos las diferencias con otros, lo que nos ha llevado a preguntarnos por las diversidades y a sentir curiosidad por aquello que aún no conocemos y que esperamos descubrir con las satisfacciones y riesgos que lo nuevo conlleva. La curiosidad es una de nuestras debilidades y uno de nuestros motores para avanzar por caminos desconocidos y poner nuestras capacidades al servicio de descubrir y hacer frente a los retos que lo nuevo nos plantea. Esta exigencia de subsistencia y este deseo de conocer algo diferente se facilitaba en nuestro caso por el equipamiento tecnológico que, por elemental que haya sido en las primeras etapas, nos ponía en ventaja al contar con herramientas básicas y, sobre todo, por la convicción de que había capacidad para el cambio y para la adaptación a situaciones antes desconocidas.

Verdad es que la necesidad de satisfacer necesidades que garanticen la subsistencia física ha sido una de las primeras causas de la movilidad. En la etapa de cazadores y recolectores la búsqueda de piezas de caza hizo que permanentemente se movilizaran de un lugar a otro, pero no cabe desconocer que a esa necesidad de subsistencia se añadía la de la satisfacción y admiración que lo nuevo produce. Como primera aproximación al contenido de este artículo, no es descabellado creer que en la expansión por las áreas de nuestro planeta estaba en pie alguna incitación a hacer turismo en el sentido más elemental de este término. Tampoco cabe dejar de tomar en cuenta que el ser humano es también un homo esteticus en el sentido de que tiene capacidad para captar la belleza de la naturaleza que le rodea y de catalogar el medio físico partiendo de estas vivencias emocionales, como también de trasladar su creatividad a objetos que, sin ser necesariamente utilitarios, contengan componentes de belleza o de intensificación de la experiencia.

La generalizada creencia en seres y fuerzas sobrenaturales y de su intervención en el mundo y las personas, abrió nuevas dimensiones a su creatividad y a su afán de descubrir en fenómenos naturales y humanos la presencia de elementos divinos a los que había que acercarse para buscar

una relación que mejore las condiciones de vida y de sentido a la existencia terrena y extraterrena. La propiciación con esta realidad extranatural en algunos casos incitaba a incursionar en otros entornos naturales en búsqueda de la presencia de signos de otros mundos a los que había que tratarlos con una mezcla de temor y veneración. La aventura, en el sentido de experiencia con lo desconocido, la aceptación de riesgos y la esperanza de una recompensa que vaya más allá de los simples beneficios materiales ha sido otra de las características del ser humano cuya insatisfacción ante los encantos y limitaciones de los entornos le ha llevado, en mayor o menor grado, a romper los condicionamientos e incursionar en otros ámbitos con la intriga y excitación de lo desconocido.

Ocio y turismo

Si damos un salto de algunos miles de años y llegamos a nuestros días, la capacidad de información, conocimiento de diversos entornos y movilización física ha dado saltos espectaculares. Desde la comodidad del hogar es posible observar en el momento que ocurren acontecimientos en lugares ubicados en las antípodas, algunos trágicos, otros positivos. Sabíamos en un pasado no lejano de la existencia de ecosistemas muy diferentes al nuestro y de grupos y organizaciones humanas extrañas por mil razones, por relatos de audaces viajeros que desafiaban el peligro de los mares y el riesgo de enfrentarse a seres humanos tan distintos, sabíamos de objetos hechos en regiones exóticas que se diferenciaban radicalmente de aquellos con los que satisfacíamos nuestras necesidades. A veces los observábamos directamente en un museo o algo parecido, o en casa de alguien que había incursionado en otros mundos. Pero estas realidades cargadas de misterio y de incógnitas que daban rienda suelta a nuestra imaginación, pertenecían más al universo de la ficción, como Alicia en el país de las maravillas o Gulliver y sus personajes.

En salas de cine o desde las pequeñas o grandes pantallas de televisión o las ubicuas computadoras el mundo extraño, ajeno y exótico penetra en

nuestras mentes con contundente realismo. Se podría concluir que, dados estos arrolladores avances de la tecnología, la necesidad de movilizarse físicamente a otras partes ha disminuido radicalmente, pero los viajes se han incrementado mucho y se incrementan cada vez más. Hay muchas razones que explican esta movilidad facilitada por la rapidez y el confort de los medios como la necesidad de resolver problemas mediante contactos directos entre los interesados y en discutir planteamientos y soluciones con diálogos personales, pero juega un papel muy importante en este tipo de movilidad la organización del ocio.

Nunca he creído que el trabajo sea un castigo y que sólo fuimos creados para el ocio. Si somos creativos, esa facultad nos permite –dentro del contexto judeo cristiano- seguir adelante con la creación de Dios. Nuestras facultades se manifiestan y perfeccionan mediante el trabajo –en el sentido amplio de este término- y al no nacer definitivamente hechos y tener la posibilidad de hacernos a lo largo del tiempo, esta realización sólo se consigue mediante alguna forma de trabajo. El trabajo se tergiversa y se torna perverso cuando se convierte en una manera de explotar las energías físicas y mentales de los otros para obtener provechos que se manifiestan en la acumulación innecesaria de riqueza a costa de la dignidad de los demás. Pero es esencial a la condición humana alternar el trabajo con el descanso, no sólo en el sentido de “reponer fuerzas” para seguir trabajando, sino para proyectar nuestras cualidades y nuestra creatividad hacia otros ámbitos sin exigencias y presiones, con el propósito de disfrutar y lograr satisfacciones ajenas a las limitaciones de la rutina.

El descanso supone disponer de tiempo libre en relación con obligaciones de trabajo y su manera más elemental de manifestarse es “no haciendo nada”. Pero ese tiempo libre puede ser organizado gozosamente haciendo algo que proporcione alguna forma de placer como leer un libro, asistir a un espectáculo, practicar algún tipo de deporte etc. Lo que da lugar a que nos manejemos dentro de otros dos conceptos: la recreación y el ocio. No cabe afirmar que el trabajo necesariamente es una “carga” que genera

insatisfacción; dependiendo de actitudes y proyecciones positivas o negativas, es posible y deseable que tenga un componente de satisfacción. En la recreación cuenta como un elemento esencial la posibilidad de escoger el tipo de actividad cuya meta se agota en obtener alguna forma de placer. Erik María Rilke se refirió al ocio como al “gozoso quehacer del no hacer” en el sentido de alguna forma de actividad que provoque satisfacción sin los condicionamientos del trabajo obligatorio y rutinario.

Es posible que cada persona encuentre este tipo de uso de los tiempos libres con una visión de ocio de acuerdo con sus preferencias y cualidades y que lo administre individualmente, de manera especial en los espacios cotidianos o de receso al trabajo en la semana, pero también es verdad que en los últimos tiempos han surgido una serie de personas e instituciones que han organizado una serie de medios para posibilitar y facilitar el adecuado uso del ocio en los diferentes entornos humanos en los que los ciudadanos se desenvuelven. Canales de televisión, cines, teatros, centros deportivos, museos son algunos de ellos que pueden provenir del sector público como medios para contribuir a la recreación de las personas o de organizaciones privadas, en la mayoría de los casos con fines de lucro como una forma de industria. Una manera más organizada de programar este disfrute del ocio es el turismo que responde a esa tendencia de las personas a moverse a lugares diferentes con el fin de disfrutar de esta manera de usar el tiempo.

Que busca el turista

Extraño nos parecería que una persona con medios económicos suficientes y sin impedimentos de otra índole decida gozar de sus vacaciones en su propia casa simplemente no concurriendo al trabajo y dejando de hacer las tareas cotidianas. Descansar no es sólo dejar de hacer trabajos sino incursionar en actividades diferentes. Cualquier tipo de trabajo, por variado y creativo que sea, supone una rutina que no es otra cosa que la repetición de acciones previamente programadas de manera sistemática y

sujeta a algún tipo de horario. Además del trabajo la rutina se da también en la vida doméstica mediante la reiteración de acciones indispensables para mantener algún orden y organización. Una manera de alterar la rutina es dejando el lugar en el que normalmente se vive para, temporalmente, hacer la vida en lugares distintos respondiendo al atractivo y con frecuencia la necesidad de hacer frente a lugares, costumbres y prácticas diferentes con el único propósito de gozar de esta diversidad al margen de actividades vinculadas con el trabajo u otro tipo de restricciones en el uso del tiempo.

Uno de los componentes básicos de las vacaciones es sentirse dueño del tiempo, sin tener que depender de otros para usarlo según las aptitudes y preferencias, lo que en la práctica da lo mismo a que la programación de su uso dependa de las iniciativas y búsqueda de satisfacción personales. En este contexto, el turismo como parte del descanso implica escoger las experiencias que se quiera tener condicionando la planificación del tiempo y los horarios a las mismas. El turismo es una respuesta a la curiosidad propia de la naturaleza del ser humano que, por múltiples caminos pretende experimentar algo diferente a la forma de vida que se tiene. Los ámbitos de lo distinto son tan amplios y variados que es posible decidir aquellas opciones que más acordes con las preferencias de cada uno dándose turismos especializados, siendo posible en este caso hablar de turismo eco-lógico, de aves diferentes, arqueológico, artístico etc. Al margen de este tipo de recreación hay turismos más amplios que buscan una diversidad de experiencias, dependiendo el impacto de cada una de ellas de la sensibilidad, predisposición, formación e interés de cada persona. En una ciudad diferente, no todos los turistas disfrutarán de la misma manera la visita a un museo de pintura, a un templo religioso, a un centro de ventas, a un espectáculo clásico o a uno folclórico. Lo común a ellos es lo nuevo y diferente en relación con la vida en el lugar de residencia permanente.

El disfrute de lo distinto está también condicionado a otros factores como la edad. La resistencia física para soportar jornadas largas e

incomodidades depende de la edad y en años juveniles, lo incómodo puede ser tomado como un reto pesando más la satisfacción de haberlo superado que las molestias físicas sufridas. El denominado turismo de aventura, sobre todo en algunas áreas como el ascenso a montañas o internamiento en selvas requiere un mínimo de condiciones físicas que suelen estar vinculadas con la edad. Igual ocurre con acercamiento a comunidades alejadas y atractivas por sus grandes diferencias con los conglomerados urbanos. El denominado turismo ecológico en buen porcentaje se encuentra en esta categoría sobre todo si se trata de experiencias muy directas con espacios demasiado alejados o que por sus peculiaridades requieren esfuerzos físicos para vivir la experiencia. Hay casos, quizás excepcionales, en los que es posible disfrutar de los encantos naturales con comodidades convencionales como ocurre con las Islas Galápagos a las que es posible recorrerlas en cómodas embarcaciones, inclusive de lujo.

Turismo cultural

La palabra cultura puede ser entendida de diversas maneras, como la de grupos minoritarios que, por haberse cultivado, poseen especiales conocimientos en determinados campos de la creatividad humana y una visión más rica y refinada para captar una serie de manifestaciones de excelencias creadas. Hay una tendencia, acentuada en los últimos años, a identificar cultura con manifestaciones artísticas en áreas como literatura, música, pintura, escultura, teatro etc. Este tipo de obras, sea que respondan a eventos previamente organizados como bienales, a colecciones de este tipo de excelencias en museos, a festivales especiales o simplemente a ciudades que tengan una reconocida variedad de este tipo de obras. En este ámbito estarían monumentos históricos que, aunque no fueron construidos como obras de arte, su testimonio de hechos del pasado les dan, de alguna manera esta categoría. El atractivo de este tipo de objetos o eventos para

el turismo es notable. En grupos organizados sin una proyección específica, son infaltables las visitas a museos artísticos y a exposiciones de renombre.

Desde el punto de vista de la Antropología Cultural, el término cultura tiene un sentido distinto; se refiere a las formas de vida y pautas de conducta de grupos humanos que organizan sus vidas, sus relaciones con los demás de acuerdo con normas de conducta gestadas y desarrolladas dentro del mismo conglomerado humano. Las maneras de satisfacer las necesidades y la preferencia por tales o cuales valores varían de grupo a grupo surgiendo en cada uno de ellos su propia identidad consistente en aquellos elementos que le diferencian de otros. Un atractivo del turismo es tener experiencias directas, aunque sea cortas, con estos tipos de organización que ponen de manifiesto las muy diversas maneras de solucionar problemas, satisfacer necesidades y disfrutar de la vida. Debido a que coexisten los dos enfoques del término cultura, en los últimos decenios ha surgido y cobrado creciente importancia la idea de “cultura popular” que son aquellas manifestaciones de la creatividad humana colectiva que no encajan en la visión de cultura tradicional referida a las manifestaciones elitistas de obras de arte.

Folklore –sabiduría popular- es la palabra que con más insistencia se ha usado para referirse a este complejo de manifestaciones espontáneas de los sectores populares en diversas ceremonias y expresiones de regocijo colectivo que se expresan sin condicionamientos oficiales y sujeción a cánones académicos. Música, danza, gastronomía, juegos, competencias, adornos, escenificaciones son algunos de los componentes del folklore acompañados con vestimentas coloridas y de modelos muy diferentes a los urbanos. Su organización y desarrollo parte de la propia comunidad que cuenta con una serie de reglas, normas y compromisos que nada tienen que ver con el ordenamiento jurídico de los organismos oficiales. La fuerza y legitimidad de estas manifestaciones se encuentra en la tradición que, sin ser totalmente estática, implica la permanencia de pautas y valores del pasado como una actitud de respeto a aquellos que al antecederlos en el

tiempo dejaron constancia, quizás de manera inconsciente, de que la identidad y sentido de pertenencia no depende del cambios sino de la superación del efecto erosionador de los años.

Todo lo que es diferente llama la atención y atrae a quienes desarrollan sus vidas en otros lugares y con otros ritmos. Si el turismo en el mundo contemporáneo proviene en gran medida de los sectores urbanos, y de manera consistente de los países desarrollados, las fiestas y sus múltiples manifestaciones nacidas de la cultura popular y mantenidas con constancia, son mundos muy diferentes para quienes la vida se encuentra atrapada en el tráfigo de las grandes urbes y acosados por horarios y urgencias en la utilización del tiempo. Frente a los efectos homogeneizadores de la globalización que, para algunos, amenaza con la imposición de una cultura igual en todo el planeta como en las novelas de Aldous Huxley o George Orwell, se ha robustecido –quizás contra corriente– la tendencia a mantener y cuidar aquellos rasgos culturales que definen las identidades de los pueblos. Que no necesariamente se circunscriben a países sino a áreas menores dentro e un mismo estado. Estas peculiaridades contienen elementos diferentes que atraen a un buen porcentaje de turistas.

El turista y las artesanías

Cuando a paso avasallador la industria avanzó y se impuso en la elaboración de objetos utilitarios, los optimistas del progreso anunciaron que las artesanías estaban condenadas a desaparecer ya que era imposible que compitan con la eficiencia, calidad y rapidez en la producción de las máquinas; dos siglos y medios han transcurrido y las artesanías siguen en pie. De todas maneras, no es posible abordar la problemática artesanal en el mundo contemporáneo sin tomar en cuenta su coexistencia con la producción industrial que se ha expandido en todo el mundo, no sólo en el ámbito de las fábricas que producen sino en el consumo de objetos finales. No cabe afrontar el problema desde el punto de vista de la competencia,

en el que las artesanías llevan las de perder, sino partiendo de otra dimensión.

El ser humano al adquirir objetos pretende satisfacer sus necesidades utilitarias, pero busca también responder a sus apetencias estéticas. Una posición extrema se da en las obras de arte, como cuadros y esculturas, cuya única razón de ser es posibilitar la necesidad creativa del artista y la contem-plativa del público. Según la fama y renombre de los autores, los precios de estas obras son enormes. La Revolución Industrial, de la que parten las condiciones del mundo actual, fue eminentemente tecnológica y al introducir la máquina como un instrumento de producción, logró resultados de enorme importancia en muchos aspectos, pero quitando al ser humano el protagonismo en la elaboración de los objetos. Un efecto de la industria es la producción en serie que, en muy corto tiempo puede hacer objetos en gran cantidad, pero todos casi exactamente iguales ya que las máquinas reproducen lo que sus propietarios previamente diseñaron.

En la obra de arte su concepción y la ejecución dependen del artista quien tiene a su cargo la realización y el control de todo el proceso. Con la impersonalización de la producción en serie las peculiaridades de la obra de arte se agudizaron recalándose su condición de pieza única y dándose especial importancia a la originalidad. Frente a la masificación de la industria, cobra fuerza la inspiración del artista que encuentra temas fuera de lo común y utiliza recursos también propios para plasmar en obras sus vivencias interiores. La imagen del artista en los conglomerados sociales es de un ser humano diferente ya que se encuentra dotado de cualidades especiales ajenas a otras personas. Todo esto porque la obra de arte apunta a la sensibilidad estética de los ciudadanos, o a la intensificación de sus experiencias lo que no se puede conseguir sino a través de espíritus superiores. Para el producto industrial, lo que importa es la eficacia con que satisfaga la necesidad para la que fue fabricado, si es o no es bello es algo secundario, por lo menos en la primera etapa de industrialismo. En la obra

de arte, a la inversa, el único parámetro para valorarla es la intensidad de los valores estéticos con que cuenta.

En esta polarización producto industrial – obra de arte, las artesanías se encuentran aparentemente excluidas ya que carecen de la funcionalidad como elemento exclusivo de la industria y tampoco se agotan en ser portadoras de belleza. En las artesanías coexisten lo útil y lo bello ya que, además de satisfacer una necesidad útil encontramos en las artesanías componentes de belleza. Una silla cumple con satisfacer la necesidad de sentarse con comodidad, pero si además tiene sus patas talladas, añade este elemento estético que provoca satisfacción en quien lo usa. Los contenidos de belleza varían en las diferentes artesanías, en algunas, como las joyas, deben ser altos puesto que su razón de ser es adornar a la persona que las usa, en otras como una tradicional olla de barro para cocinar estos valores son menos necesarios. En el caso de la vestimenta están condicionados a la ocasión de su uso teniendo los ropajes festivos y ceremoniales mayores elementos de belleza.

En nuestros días cada vez son menores las funciones utilitarias de las artesanías ya que las innovaciones tecnológicas se acoplan más a los patrones industriales -como las ollas hechas para cocinas eléctricas o de gas- y se da más importancia a los elementos de belleza puesto es la principal razón por la que el público las compra, sea que se las utilice exclusivamente como adornos, sea porque al darle un uso utilitario se espera disfrutar de este tipo de encantos como ocurre con algunas clases de vajillas o vestidos en los que, el bordado por ejemplo, carece de finalidad utilitaria. Dentro de este contexto el mercado artesanal se encuentra más bien en el área de lo suntuario con precios, salvo excepciones, accesibles a un amplio sector del público a diferencia de las obras de arte de renombre.

Esta peculiaridad estética es ya atractiva para el turista en términos similares a las obras de arte. En los últimos años se ha dado importancia a museos de arte y cultura popular en los que artesanía de diverso tipo

ocupan lugares importantes, pero lo general es que estas piezas se pongan a consideración del público en mercados, talleres, almacenes especializados o secciones de centros comerciales. Algunas artesanías, como las joyas, tiende a exhibirse en centros de venta exclusivos. En muchos casos hay localidades que se especializan en la elaboración de alguna clase de artesanías con características que las hacen distintas a similares que pueden hacerse en otros lugares como, en el caso del Ecuador, los chales trabajados con técnica Ikat se los hace sólo en Gualaceo, las tallas escultóricas de madera son especialmente atractivas en San Antonio de Ibarra, pieza de marfil vegetal (tagua) en algunos cantones de las Provincia de Manabí, sombreros de paja toquilla en sectores de las provincias de Azuay, Cañar y Manabí.

Quizás más que mirarlas en museos, prefieren los turistas ponerse en contacto con artesanías en mercados que pueden variar desde los abiertos en plazas públicas de pueblos hasta otros más organizados y seleccionados en los centros urbanos. El Bazar del Sábado en la ciudad de México es un buen ejemplo de los segundos. Al atractivo de las piezas artesanales se añade el del entorno con formas de comercialización diferentes a las convencionales como ocurre con la feria de Otavalo en la que se ofrecen en venta muchas artesanías y que es visitada por importantes grupos de turistas. También interesa a turistas observar de manera directa el proceso de elaboración de artesanías en talleres o sitios similares. Mirar a un ceramista en un torno que con sus manos da múltiples formas a la pasta cerámica es fascinante para muchos, al igual que a una tejedora en su telar de cintura que con sorprendente agilidad pasa los hilos de la trama por la urdimbre ya preparada combinando colores para producir figuras.

Un importante número de turistas desean regresar a sus lugares con algún recuerdo de los lugares que visitaron y lo más adecuado suele estar en el campo de las artesanías que, por su contenido cultural, son testimonios vivos de las formas de vida de los pueblos y que, al usarlas o tenerlas como adornos en la vida cotidiana recuerdan con nostalgia y satisfacción los

placeres del viaje. La práctica del “souvenir” casi se ha universalizado y en este campo juegan las artesanías un importante papel. Similar importancia tiene la costumbre de llevar algún recuerdo de los sitios recorridos a parientes, amigos y allegados debiendo en este caso los regalos estar cercanamente vinculados a los lugares recorridos ya que el sentido de esta manifestación de afecto se fundamenta en el recuerdo que se ha tenido de los destinatarios del regalo durante el viaje. Se añade a esta práctica la posibilidad de encontrar artesanías de diversos precios acordes con las posibilidades económicas de los turistas y la intención de llevar pocos o muchos recuerdos.

El universo artesanal es rico, complejo y variado se encuentra vinculado a múltiples manifestaciones culturales de los países y regiones siendo su diversidad por materiales y técnicas, así como por las diferencias que tienen de lugar en lugar un importante factor para lo que trata de experimentar el turista en sus recorridos: lo diferente. n

Bibliografía consultada

Alcina Franch José,

Arte y Antropología

Fisch Olga,

El Folclor que yo Viví

Huizinga Johan,

Homo Ludens

Malo González Claudio,

Arte y Cultura Popular

Santana Agustín, Antropología y Turismo

Turok Marta,

Como acercarse a las Artesanías